

El centralismo verticalista de Victorio Codovilla y la reorganización del Partido Comunista de España en la Segunda República

The vertical centralism of Victorio Codovilla and the reorganization of the Communist Party of Spain in the Second Republic

Resumen:

Este artículo intenta reconstruir algunos de los aspectos centrales del trabajo de reorganización del Partido Comunista de España (PCE) llevado adelante por Victorio Codovilla. A tal efecto, se procede a examinar a partir de testimonios y memorias relevantes la función organizativa prestada al PCE por Codovilla, líder histórico del Partido Comunista Argentino (PCA) y miembro del Comité Ejecutivo de la Internacional Comunista. El rol de Codovilla resulta, según se demuestra en el texto, fundamental a la hora de explicar el trabajo realizado por el PCE para su conversión en un partido de masas. El dirigente del PCA llevó a cabo en España la importación de una forma de centralización verticalista, supeditada a Moscú y contraria a toda posibilidad de expresión disidente, que unos pocos años antes se había convertido en una práctica normalizada en la vida política de la sección argentina. En nuestra perspectiva, de este modo, Codovilla fue dentro del PCE el portador de una lógica que se hallaba preestablecida en su partido de pertenencia.

Palabras clave: Guerra Civil Española; Partido Comunista de España; Victorio Codovilla

Abstract:

This article attempts to reconstruct some of the central aspects of the reorganization of the Communist Party of Spain (PCE) carried out by Victorio Codovilla. For this purpose, we proceed to examine through relevant testimonies and reports the organizational function provided to the PCE by Codovilla, historical leader of the Communist Party of Argentina (PCA) and member of the Executive Committee of the Communist International. The role of Codovilla results, as demonstrated in the text, fundamental to explaining the work of the PCE for its conversion into a mass party. The leader of the PCA in Spain imported a form of top-down centralization, subject to Moscow and contrary to any possibility of dissident expression, which a few years earlier had become a standard practice in the political life of the Argentine section. From our perspective, thus, Codovilla was within the PCE the bearer of a logic that was pre-established in his own party.

Keywords: Spanish Civil War; Communist Party of Spain; Victorio Codovilla

Fecha de recepción: 01 de octubre de 2018

Fecha de aceptación: 28 de febrero de 2019

El centralismo verticalista de Victorio Codovilla y la reorganización del Partido Comunista de España en la Segunda República

The vertical centralism of Victorio Codovilla and the reorganization of the Communist Party of Spain in the Second Republic

Augusto Piemonte*

Introducción

La situación de España era extremadamente compleja al momento de estallar la Guerra Civil el 17 de julio de 1936, complejidad que excedía con mucho la visión tradicional de una España dual, dividida entre una zona a medio camino de su modernización y otra zona en la que persistía el atraso. La coalición de fuerzas políticas y sindicales reunidas en el gobierno de Frente Popular (FP) acusó desde un principio la existencia de disidencias internas. Las fricciones no eran nuevas, sino que se inscribían en su propia génesis, pues eran expresión de las características específicas del desarrollo histórico español. La multiplicidad de instrumentaciones teóricas adoptadas por cada uno de los encuadramientos participantes en el FP se reveló como un importantísimo factor de desestabilización en momentos en que unos intentaban consolidar el aparato de gobierno para ganar la guerra, en tanto que otros clamaban por la defensa a ultranza del proceso revolucionario como condición insustituible para aplastar la sublevación franquista. A partir del momento en que se originó esta situación pareció activarse con gran intensidad el funcionamiento de impulsos centrífugos en el seno del cuerpo republicano. La incidencia que esta situación novedosa iba a ejercer sobre los procesos políticos peninsulares quedaba expuesta de manera cristalina en la confrontación cada vez más encarnizada entre los intentos de experiencias radicalizadas apoyadas por el gobierno de Francisco Largo Caballero, presidente del Consejo de Ministros entre septiembre de 1936 y mayo de 1937, y el proyecto reformista basado en la búsqueda de un acercamiento pluriclasista entre las fuerzas antifascistas que impulsaban los comunistas. Las estrategias de procedimiento que asumió el Partido Comunista de España (PCE) durante el lapso en que se extendió la guerra fratricida estuvieron en gran medida determinadas por las expectativas que la misma generaba en el plano internacional. El vertiginoso auge del PCE no puede explicarse sin tomar en cuenta su filiación inmediata con la Internacional Comunista (IC). Para alcanzar la preponderancia que acabó adquiriendo, el comunismo español debió experimentar una transformación interna muy profunda, la cual quedó plasmada en su conversión de grupúsculo a partido de masas. En este proceso tuvo un desempeño de primer orden en tareas fundamentales de reorganización y disciplinamiento uno de los máximos líderes del Partido Comunista de la Argentina: Victorio Codovilla.

Este artículo tiene por objetivo recomponer el rol desempeñado por Victorio Codovilla en el desarrollo del comunismo español, proponiendo que el dirigente del PCA llevó a cabo en España la importación de una forma de centralización verticalista, supeditada a Moscú y contraria a toda posibilidad de expresión disidente, que unos pocos años antes se había

* Universidad de Buenos Aires/Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Técnicas, Argentina. E-mail: augusto.piemonte@gmail.com. Agradezco los comentarios formulados por los/as evaluadores/as anónimos/as.

convertido en una práctica normalizada en la vida política de la sección argentina.¹ Para proceder en el sentido indicado, serán analizados tanto los escritos de Codovilla relativos al trabajo realizado en su paso por España como las diversas menciones, habitualmente esporádicas y fragmentarias, de que fue objeto en los testimonios plasmados por opositores al comunismo y por “renegados” que tomaron contacto con el dirigente ítalo-argentino. Los documentos oficiales del partido español evitaron, según se expondrá en este estudio, efectuar referencias a colaboradores extranjeros que pudieran dar lugar a suposiciones indeseadas a los propósitos de distanciar públicamente la causa republicana de las políticas centrales implementadas por Moscú. De igual modo, la dirección del PCA fue muy reservada al momento de difundir el papel de Codovilla en el PCE. Aunque los historiadores no desconocen su rol dentro del PCE,² es también cierto que no existen ni libros ni artículos que aborden específicamente sus actividades en España entre 1932 y 1937.

La difícil convivencia del PCE al interior del Frente Popular español

En las elecciones generales de noviembre de 1933 se había alzado triunfante la Confederación Española de Derechas Autónomas, un conglomerado de fuerzas conservadoras. Este resultado electoral dio inicio al denominado Bienio Negro. El fascismo se encontraba en España en la fase inicial de su expansión y resultaba necesario, por tanto, preparar una respuesta táctica que permitiera contrarrestar su avance.³ El PCE se planteó entonces la necesidad de trascender en lo inmediato el terreno de la política y alcanzar la esfera sindical, por lo cual la lucha de clases expresada a través del “frente único” debía profundizarse y ampliarse. La principal tarea consistía en lograr el apoyo de las masas, sin el cual no podía llegar a buen puerto una respuesta más enérgica en contra de los embates del capital (Kuusinen y Manuil’ski, 1975: 39-41). Era necesario sacar al PCE del aislamiento al que lo había condenado la política ultraizquierdista de “clase contra clase” adoptada tras la celebración del VI Congreso de la IC en 1928, la cual consistía en el enfrentamiento de sus secciones nacionales con toda fuerza política que no fuera comunista, principalmente con la socialdemocracia. Fue entonces cuando un giro teórico de 180 grados hizo sentir con peso la consigna de “frente popular”, tomando como base la experiencia registrada a partir de las necesidades políticas del comunismo francés con vistas a las elecciones legislativas del 26 de abril y 3 de mayo de 1936 (Lefranc, 1971). Los comunistas debían ahora mancomunar fuerzas con los demás agrupamientos democráticos en su lucha contra el fascismo.

En su intervención ante el VII Congreso de la IC, Dimitrov (1975) advirtió que en Alemania el grueso del proletariado había decidido apoyar el proyecto fascista; los obreros comunistas y la facción revolucionaria de los socialistas parlamentarios constituían la reserva moral del proletariado mundial y eran, por tanto, los encargados de convencer al campesinado y a la pequeña burguesía de la necesidad urgente de salvar las libertades democráticas derrocando la dictadura fascista (ver también Hájek, 1984: 283-284). En España, donde la asonada militar de julio de 1936 había dado la voz de alarma, se trataba de evitar que llegara a producirse una situación crítica similar. Teniendo a su favor el hecho de haber conservado la

¹ A propósito de la consolidación de la sección argentina de la IC orientada “hacia fuera”, producida desde 1927 tras el triunfo de la facción internacionalista conducida por Rodolfo Ghioldi por sobre la facción favorable al desarrollo del comunismo a escala nacional que lideraba José Penelón, ver Piemonte (2015a, 2015b).

² Mención especial amerita la obra de Elorza y Bizcarrondo (1999), uno de los primeros y más completos estudios en torno a la injerencia de la IC en España realizados a partir de los archivos soviéticos.

³ Sin embargo, recordando la derrota de la dictadura de Primo de Rivera pero desconociendo la importancia del triunfo de la derecha conservadora que había de gobernar España de 1933 a 1935, Stalin (1934: 10) presentó un informe al XVII Congreso del PCUS en donde exponía un análisis entusiasta a propósito de la derrota final inminente del fascismo en ese país.

legalidad, el comunismo español presentaba buenas posibilidades de lograr un acercamiento eficaz con las masas. La responsabilidad que le cabía al PCE en esta difícil tarea era la del partido-guía. El PCE entabló el diálogo con las demás fuerzas políticas y sindicales para la conformación de un verdadero “frente único”. La orientación de “frente popular” confirmada desde entonces les permitió a los comunistas españoles romper con la situación de aislamiento, realización que quedó evidenciada a partir de los buenos resultados obtenidos en el terreno electoral.

El flamante gobierno del Frente Popular tenía presente que debía evitar la proliferación de divisiones internas, y para ello se propuso promover políticas que lograran satisfacer las pretensiones del grueso de los partidarios de la coalición. Así Largo Caballero tuviese como premisa crucial para su mandato la posibilidad concreta de que la guerra fuese ganada con una supremacía del proletariado en el campo político, la complejidad de la coyuntura no podía dejar de dictarle la necesidad de conservar el apoyo de las pequeñas burguesías republicanas. De este modo, el jefe de gobierno estuvo en condiciones de presentarse como el garante propicio de una alianza interclasista que parecía de gran relevancia al momento de emprender el apuntalamiento del estado republicano, jaqueado por las crecientes amenazas que le eran propinadas por los sectores de derecha. La conjunción de representaciones políticas y de fuerzas sociales con el propósito de mancomunar esfuerzos en la creación de una suerte de “bloque antifascista” desde donde coordinar los objetivos bélicos planteados en el nuevo proyecto político de amplia base, constituyó la esencia misma del gobierno de Largo Caballero. No obstante, esta situación de aparente solidaridad basada en la tolerancia mutua y la cooperación consecuente, lo cierto es que el equilibrio alcanzado se halló lejos de representar una unificación entre partes iguales, y más bien se trató de “una alianza social donde había una hegemonía determinada y una compleja relación interna entre los grupos” (Aróstegui, 1986: 12). Qué grupo sería el que detentaría esa hegemonía era lo que estaba en disputa. Por el momento, ninguno estaba en condiciones de aventajar a otro en esa tarea.

La sublevación militar afectó este frágil balance, pues tuvo el efecto inmediato de exacerbar los ánimos revolucionarios, lo que hubo de representar un obstáculo serio para el buen desempeño de la convivencia republicana. La avanzada antidemocrática contribuyó a extremar la idea de que era plausible la realización de un proceso revolucionario en el interior de un orden constitucional preestablecido que resultaba inadecuado para transformar el tejido social en las condiciones existentes (Tuñón de Lara, 1986: 285). Esta coyuntura dio por resultado la creación de un poder político virtualmente escindido del gobierno oficial, el cual sustentaba su fortaleza en el enfrentamiento directo con las relaciones de propiedad vigentes y en el avasallamiento del monopolio estatal de la violencia. Sin embargo, las fuerzas revolucionarias no sólo no confluyeron en la formación de un órgano de coordinación paralelo, sino que incluso coincidieron en percibir que el sistema estatal remozado podía servir bien a sus necesidades organizativas, de modo tal que el ingreso de nucleamientos anarcosindicalistas y obreristas acabó bien pronto por nutrir los cimientos del gobierno.⁴ La inserción de los sectores más radicalizados en el seno de un aparato de gobierno que encontraba su más sólido sustento en la preservación de estructuras sociales ya fundadas, contribuyó a enrarecer un panorama político que ya de por sí era bastante confuso.

⁴ Esta situación quedó notablemente plasmada en Cataluña, en donde si bien el anarquismo tomó en sus manos las riendas de un proceso revolucionario sin parangón en el centro de España, al mismo tiempo se produjo la conversión paulatina del movimiento separatista catalán en un partido solidario con el gobierno de Madrid. Ver Thomas (1962: 152-153).

Al hacerse cargo de la jefatura del gobierno español, Largo Caballero se mostró abierto en su discurso y no dio indicios de que, en lo inmediato, fuera a inclinar la balanza en favor de los argumentos que clamaban por una modificación sensible de la forma republicana parlamentaria existente. Con el estallido de la Guerra Civil se pudo observar la imposibilidad de dar por tierra con un conflicto, demasiado madurado ya, entre las fuerzas que advertían la necesidad de avanzar en la revolución social como condición *sine qua non* para ganar la guerra, y aquellas que, mediante la inversión de términos de la ecuación planteada por sus pares, consideraban que para poder obtener el triunfo en el campo de batalla era inevitable que previamente fuera apagada la chispa revolucionaria. El camino hacia la preponderancia de esta última posición quedó allanado al producirse la caída de Largo Caballero. Esta situación de fragilidad institucional se vio agravada por el marco de la política internacional. La propuesta del gobierno francés del pacto de No-Intervención puede ser considerado como una salida diplomática en el intento por contrarrestar la intervención ítalo-germana en España, al tiempo conciliaba con la postura británica de evitar fricciones que pudieran minar el orden establecido en Europa (Alpert, 1998). La fuerza de los hechos se encargó desde el primer instante en demostrar que el tratado multinacional era una pantomima condenada al fracaso. Nadie podía desconocer esta realidad. Es difícil pensar que Blum pudiese creer en la veracidad de sus propias palabras cuando, en julio de 1937, afirmaba al Congreso que “gracias a la línea de no-intervención, la paz ha sido preservada” (citado por Cattell, 1957: 25).

Las reacciones generadas por la derrota sufrida en el frente de Málaga en febrero de 1937, así como los disturbios experimentados en Cataluña con epicentro en Barcelona al despuntar el mes de mayo, no alcanzan por sí solos para explicar la decisión de terminar con la etapa abierta por el gobierno de Largo Caballero, aunque sí son razones suficientes para captar la justificación que encontró el sector dentro del FP que terminaría dominando la situación (Gallego, 2008). El comunismo español, atendiendo a las directivas impartidas por la IC, asumió la función de poner coto lo antes posible a la pluralidad de opiniones que emanaban en torno a las aplicaciones programáticas en la política local. Aunque una minoría de los anarcosindicalistas de la CNT-FAI (Confederación Nacional del Trabajo-Federación Anarquista Ibérica) y la totalidad del grupo marxista-leninista del Partido Obrero de Unificación Marxista (POUM) consideraba que, por medio de la cooptación proletaria para el ejercicio de gobierno, lo que realmente se intentaba hacer era emplear “los estados mayores de las organizaciones obreras para sofocar y minimizar los cambios sociales en marcha por medio de la reconstrucción del Estado tradicional”, por su parte los comunistas, así como los socialistas de derecha y los republicanos, consintieron en percibir que en realidad la penetración izquierdista en el aparato de gobierno “parecía la culminación del avasallamiento del Estado” (Balcells, 1986: 40).

La problemática emanada de la necesidad de implantar un gobierno de guerra eficaz ponía en el centro del debate la cuestión relativa al papel de los sindicatos y de los partidos políticos. Al comunismo y a sus aliados republicanos y socialistas moderados les parecía que la posición sindicalista tendía a privilegiar la construcción de una República obrerista en detrimento de las clases medias, sin cuyo consentimiento quedaba trunco todo intento firme por consolidar una alianza antifascista (Carr, 1970: 639). Estos agrupamientos políticos, que emergían con un poder cada vez mayor, insistían en percibir que los tiempos críticos requerían una solución partidista, en tanto que las medidas adoptadas por Largo Caballero eran, en su mayoría, la expresión de un líder sindicalista.

En contra de las concepciones esbozadas por la vanguardia revolucionaria, el grupo que logró hacerse con el manejo de los mayores instrumentos para conducir el proceso defensivo del bando republicano, se encargó de dejar muy pronto en claro que el nuevo gobierno encabezado por el socialista de derecha Juan Negrín tendría entre sus prioridades más altas el fortalecimiento inmediato del poder. A los fines de llevar adelante la concreción de tal propósito se estipulaba necesario provocar la concentración de la autoridad política, para lo cual se requería previamente la marginación de aquellas resistencias que propugnaban la heterogeneidad de los objetivos concebidos como los más urgentes. Fue justamente a partir de este instante que la obtención de un triunfo militar sin apelativos se erigió en principio motor de la dinámica estatal, quedando relegadas a un lejano segundo plano las consignas revolucionarias.

El secretario general del PCE, José Díaz, se había mostrado insatisfecho por la benevolencia con que el gobierno de Largo Caballero había tratado a los “trotskistas” del POUM (Díaz, 1937: 19). La plana mayor del PCE se hacía eco de las disposiciones adoptadas por el Partido Comunista de la Unión Soviética (PCUS) desde el momento mismo en que el trotskismo, aunque derrotado por la troika conformada por Stalin-Kamenev-Zinoviev, se convertía en un problema a tratar con la máxima atención. Entre los anuncios referentes al proceso de bolchevización iniciado con la celebración del V Congreso de la IC –cuyos ejes eran la homogeneidad ideológica, el principio del “centralismo democrático” y la organización en base a células–, Zinoviev había señalado en el pensamiento de Trotsky la fusión menchevique del “oportunismo occidental” con “la frase ‘radical e izquierdista’” (Zinoviev, 1975: 193). El líder del organismo comunista internacional hacía constar que se trataba de un fenómeno mundial y no exclusivo de la experiencia rusa. Denunciar y combatir el trotskismo en cada sección era “aplicar el leninismo en la IC”. Pese a los intentos denodados del PCE por atribuir al poumismo una ideología trotskista, Maurín se había manifestado en contra de esta interpretación al afirmar que la coincidencia en el rechazo por el stalinismo no implicaba en absoluto que se hubiera materializado aquella evolución hacia el trotskismo que se le adjudicaba para los años 1934-1935 (carta de Maurín a Pierre Broué, con copia a Víctor Alba, en Alba, 1972: 207-209). Pero la IC había decidido esta cuestión y el futuro de Nin y el de sus compañeros estaba sellado. En un telegrama remitido el 21 de enero de 1937 por los miembros del Comité Ejecutivo de la IC Georgi Dimitrov y Mikhail Moskvín, se solicitaba al secretario general del PCE que utilizara el juicio a Georgii Piatakov y sus colaboradores para liquidar el POUM e “intentar obtener una declaración condenando a la banda terrorista de Trotsky” (RGASPI, f. 495, op. 184, d. 12, citado por Chase, 2001: 196 [la traducción es nuestra]). El propio Stalin había hecho distribuir en el PCE también a comienzos de ese año una circular interna cuyo título era “Preparación política y depuración de nuestros cuadros en la lucha contra los saboteadores trotskistas” (Maestro, 2014: 165). Para junio de 1937, el gobierno de Negrín había ordenado y ejecutado la disolución del POUM, así como el encarcelamiento de su dirección.

El PCE había abandonado su anterior ostracismo para lanzarse a obtener el apoyo de las masas, lo que le permitió romper con el equilibrio existente dentro del bando republicano y hacer valer sus posiciones en el gobierno y en el ejército. En su calidad de agente de la IC en suelo español, Victorio Codovilla fue una pieza clave para el establecimiento de las condiciones en las cuales se produjo esta reconversión.

El papel de Codovilla en la reorganización del PCE

Ante la certera amenaza de un ascenso fascista en el país a partir de la instauración de la primera fase de la dictadura de Miguel Primo de Rivera en 1923, el PCE intentó cerrar filas en torno de un “frente único”, tal como por entonces alentaban a hacer la IC y el PCUS. A tal propósito, los comunistas españoles tentaron un acercamiento con la UGT y el PSOE, pero los líderes de estos últimos rechazaron férreamente en un primer momento el convite para emprender acciones unificadas (Comisión del Comité Central del Partido Comunista de España, 1961: 29-31). La alianza con el por entonces grupúsculo comunista generaba más riesgos que expectativas. Las persecuciones a dirigentes políticos de izquierda y el atentado contra locales del PCE fueron habituales desde la consolidación del Directorio Militar en el estado. Un año más tarde recrudesció la represión, principalmente en Bilbao y Asturias, llegando a situaciones en que los militantes del PCE eran juzgados en consejos de guerra, y decantando en la creación de la denominada Sección de Investigación Comunista, organizada por el general Mola y encargada de reprimir las actividades comunistas en el país (Comisión del Comité Central del Partido Comunista de España, 1961: 32-40).

En el período de reflujo que experimentó durante los años más crudos de la represión ejercida por el gobierno de Primo de Rivera, el PCE se vio obligado a trabajar en la clandestinidad y debió concertar sus reuniones en Francia. Hubo que esperar hasta la instauración de la Segunda República en abril de 1931 para que el PCE pudiera realizar un congreso partidario en su propio país, lo que finalmente ocurrió con su IV Congreso. En aquellos actos en los que participan varios partidos se comienza a dar curso a la planificación de la construcción del FP, pero a los comunistas se les reserva los turnos que resultan menos favorables para captar a la audiencia (Ibárruri, 1964: 211-215). Esto da cuenta del peso real que por entonces tenía el comunismo en las masas trabajadoras españolas. La Comisión encargada de redactar una historia oficial del PCE en 1961, encabezada por Dolores Ibárruri, situó en el año de 1932 el momento en que se produjo la cesura definitiva con el sectarismo extremista, de quien hasta entonces había desempeñado el cargo de secretario general, José Bullejos, y con el “oportunismo pequeñoburgués” que habían introducido tanto algunos ex-miembros importantes del PSOE –entre ellos César González y Ramón Lamonedá– como el grupo de sindicalistas catalanes liderados por Joaquín Maurín (Comisión del Comité Central del Partido Comunista de España, 1961: 33-36). El momento elegido por la Comisión redactora para situar los comienzos de la “historia grande” del comunismo español coincidía precisamente –aunque en la causa del lógico afán autonomista no fuera siquiera mencionado– con la llegada al país de su re-organizador cominterniano, Victorio Codovilla. No obstante, el trabajo del líder del PCA en España tuvo un lugar muy destacado entre 1932 y 1937.⁵

La decisión de apartar a Bullejos y sus colaboradores más cercanos en la dirección del PCE (Gabriel León Trilla, Manuel Adame Misa, Etelvino Vega Martínez) fue el producto de sus diferencias irreconciliables con la política general de la IC,⁶ y Codovilla fue el encargado de conducir las expulsiones (Hernández Sánchez, 2007: 51). En el IV Congreso que el PCE celebró en Sevilla, José Díaz resultó electo secretario general. La elección de este ex militante del anarcosindicalismo para suceder a Bullejos quedaba explicada por el concepto que sobre

⁵ No solo el nombre de Codovilla no es incorporado al texto ni una vez, sino que absolutamente todos aquellos destacados dirigentes del comunismo internacional que contribuyeron en alguna medida a moldear la fisonomía del PCE brillan por su ausencia, aún cuando el trabajo se centra sobre los años de mayor intervención extranjera durante la Guerra Civil.

⁶ “El Secretariado condena enérgicamente la actitud fraccional del grupo Adame, Bullejos y Vega, el cual después de haber resistido sistemáticamente la aplicación de la línea política de la I.C. en España, la cual se proponía liquidar el sectarismo y la política de caciquismo instaurado en el Partido por ese grupo, lo que ha obstaculizado su desarrollo y su conversión en un verdadero partido bolchevique de masas” (Secretariado del Partido Comunista de España, 1932: 35).

este último tenía el comunismo soviético y que era sintetizado por Codovilla en los siguientes términos: “A pesar de su origen anarquista -y quizás como reacción contra ese origen- José Díaz fue, ante todo y, sobre todo, un gran *realizador*. Luchó tenazmente para desterrar del movimiento obrero y popular el *verbalismo* revolucionario, la agitación *abstracta* y la ‘teoría’ de la *espontaneidad*” (Codovilla, 1964a: 78). Para la fecha de su encumbramiento, Díaz reunía los requisitos necesarios acorde a las consignas del comunismo internacional del momento, representados en la percepción de una lucha interclasista a ultranza en la que el único conductor posible para la victoria de la clase obrera y el campesinado era el Partido Comunista.

El papel de Codovilla en la reorganización del partido español fue riguroso y dio frutos rápidamente. Cuando José Díaz y Dolores Ibárruri se hicieron cargo de la dirección, el PCE abandonó la posición de aislamiento que mantenía hasta entonces y comenzó su camino hacia una defensa general de la República que pudiera brindarle nuevos apoyos sociales (Carrillo, 2008: 98). Los crecimientos más notables no se dieron entre las poblaciones con mayor desarrollo sindical (como Cataluña y Asturias), sino entre los obreros que no gozaban de sindicatos organizados (como las ciudades andaluzas de Córdoba y Sevilla) (Rees, 2004: 194). Aunque la República inició un período de democracia abierta que permitió al comunismo actuar dentro de los marcos de la legalidad, esto no era condición suficiente – aunque sí necesaria – para que el PCE experimentara el gran salto numérico que efectivamente registró entre sus filas. La transformación de la dirección comunista tuvo profundas implicaciones en la organización de las tareas fundamentales del comunismo, y el modo en que fueron encaradas fue lo que le permitió salir del lugar minoritario que detentó hasta la reconversión de su Comité Central para pasar a transformarse en un verdadero partido de masas. La elección del primer diputado comunista de España en febrero de 1933, José Antonio Balbontín Gutiérrez, era sintomática de los nuevos tiempos que comenzaba a atravesar el PCE.

Intentando tomar parte directa en cada una de las acciones vitales del comunismo español, el trabajo de Codovilla en España fue altamente dinámico y tuvo una incidencia muy fuerte en la organización central de la estructura del PCE. Las actividades de Codovilla en la redacción del órgano de prensa del PCE *Mundo Obrero*, ya de por sí relevantes, funcionaban además como pantalla de otros asuntos fundamentales del partido. Las persecuciones de las que fueron víctimas los comunistas en España fueron reforzadas en el Bienio Negro que tuvo lugar entre 1933 y 1935. Los recaudos tomados por el mayor representante que tuvo la IC en suelo español en aquellos años encontraban justificación. De hecho, Codovilla fue detenido por sus actividades políticas y debió pasar un período en prisión. Fue entonces cuando Rodolfo Ghioldi fue designado por el CE de la IC en su XII Pleno, por pedido expreso de Manuilsky, para supervisar el trabajo de la redacción de *Mundo Obrero*, cargo que desempeñó hasta su partida a Moscú en 1934 (Goncharov, 1981: 69).

Encargado al trazar las tareas inmediatas de las secciones de la IC, su CE había establecido que el PCE debía crear comités de fábrica a los fines de posicionar al partido como vanguardia del movimiento de masas trabajadoras, y Codovilla se hizo cargo de recoger esta indicación (Secretariado Político del CE de la IC, 1933: 32). Además de promover la creación de comités de fábrica, gestionó la formación de partidos comunistas regionales, la formación de cuadros y la cooptación por el PCE de partidos de izquierda menores. Se ocupó igualmente de gestionar el ingreso en el gobierno de los dos comunistas que pasaron a

integrar el gabinete heterogéneo conformado por Largo Caballero.⁷ Fue también Codovilla quien tomó en sus manos la planificación para el ingreso de las Juventudes Socialistas en las filas del comunismo (Beevor, 2006: 72). Los encargados de viajar a Moscú para tratar con la IC y la Internacional Juvenil Comunista en una reunión solicitada por Codovilla fueron, justamente, este último y Santiago Carrillo. El trabajo de asimilación del socialismo en las filas del comunismo que condujo el miembro del PSOE Julio Álvarez del Vayo, comenzó en la promoción de la unidad de las Juventudes socialista y comunista. En esta función organizativa, según retrataba el destacado líder de la izquierda socialista Luis Araquistain, cumplió un papel de primer orden el líder del PCA durante el inicio de 1936:

Yo viví en Madrid en un piso sobre el de Vayo y podía presenciar la entrada en su casa de los dirigentes jóvenes socialistas para entrevistarse con el agente del Komintern en España, un tal Codovilla, que usaba el falso nombre de Medina y hablaba español con marcado acento sudamericano (Araquistain 1946: s/p).

La unificación de las organizaciones juveniles, de la cual entonces fue el histórico líder del PCA uno de sus principales artífices, finalmente tuvo lugar en abril de 1936 (Preston, 2010: 134-135).

En el plano militar y pese a no tener conocimientos militares, Codovilla fue, junto con el italiano Vittorio Vidali, el único cuadro extranjero en la reunión del PCE donde se decidió la formación del mítico Quinto Regimiento. Enrique Castro Delgado (1963: 417), primer jefe del Quinto Regimiento, comentó que José Díaz, Pedro Checa y Victorio Codovilla conformaban la “troika suprema” del partido español. Asimismo, la Comisión Política encargada de gestionar con el Consejo Militar la organización de las Brigadas Internacionales, que estuvo integrada por el secretario general del PCE, contó también con la participación atenta de Codovilla (Goncharov, 1981: 72). Así, no ha de extrañar que Codovilla fuera señalado en la documentación soviética como uno de los máximos responsables de haber pergeñado la labor de propaganda consistente en asociar al POUM y a la CNT con el trotskismo y el fascismo (Radosh, Habeck y Sevostianov, 2002: 225-226). Existen indicios recientes de que la resonante masacre de la Cárcel Modelo de Paracuellos, consistente en la ejecución de más de 2500 franquistas entre los que se hallaban varios cuadros civiles y oficiales militares opositores a la República, atribuida en un principio al líder de la Juventud Comunista Santiago Carrillo, en realidad fue ordenada por el propio dirigente del PCA.

El planteo de estrategias orientadas a dar resolución al problema referido a cómo hacer para que el Partido Socialista Unificado de Cataluña (PSUC), incorporado a la IC desde su formación a comienzos de julio de 1936, hiciera a un lado el antifascismo pluri-ideológico en una región en la que el POUM y la CNT-FAI ejercían una poderosa influencia entre las masas trabajadoras y quedara posicionado bajo la égida del comunismo oficial fue un motivo de profunda preocupación para Codovilla.⁸ Esta importante cuestión ideológica y organizativa comenzó a ser subsanada desde abril de 1937 por medio de la intervención del Partido Comunista de Francia, que operó a modo de correa de transmisión entre Cataluña y Moscú. Muy pronto se advirtió que la independencia del PSUC iba quedando seriamente limitada –

⁷ Codovilla periódicamente ponía a Manuilski en conocimiento acerca del estado de las negociaciones entabladas con Largo Caballero en diciembre de 1935 con vistas a la conformación de un frente electoral. Ver Hernández Sánchez (2010: 102-104).

⁸ Ya en 1932 los soviéticos habrían impulsado un intento de organizar las fuerzas comunistas en Cataluña y en el País Vasco a fin de contrarrestar el ascenso de los “trotskistas” del Bloque Obrero y Campesino de Maurín Cf. Ucelay-Da Cal (2002: 42).

aunque no sepultada— a medida que el PCE lograba una inserción cada vez mayor en el gobierno de la República (Puigsech Farràs, 2009).

La comparación de las cifras correspondiente al volumen de afiliados del partido durante distintos momentos de la década de 1930 permite comprender en toda su dimensión el incremento numérico —junto a los cambios cualitativos que lógicamente trajo aparejados— experimentado a partir del arribo de Codovilla a España. Utilizando el seudónimo de Luis Medina, la máxima autoridad del PCA llegó a Madrid en marzo de 1932. El partido tenía 800 miembros en 1931, 20.000 en 1934, 30.000 afiliados en febrero de 1936, 60.000 después del triunfo del FP en febrero del mismo año, 100.000 al producirse el alzamiento militar-fascista de julio, 300.000 en 1938.⁹ En marzo de 1939, durante su presentación durante la celebración del XVIII Congreso del PCUS, Manuilsky analizaba el desarrollo de la capacidad de organización del comunismo en Europa occidental e informaba que el PCE era el partido comunista más grande de la región con sus 300.000 afiliados, seguido por Francia con 270.000, con una muy lejana Checoslovaquia en tercer lugar (60.000 adherentes) (Sassoon, 2001: 62). El partido español era el más numeroso de Europa.

El crecimiento sideral en tan breve lapso se produce, según Codovilla, a partir del reemplazo de la dirección “sectario-opportunista” de Bullejos por un nuevo y eficaz grupo jerárquico, acaecido en agosto de 1932, que se ocupará especialmente de llevar la línea política del partido al conjunto de las masas populares, rompiendo así con el aislamiento en que hasta entonces se encontraba el comunismo (Codovilla, 1964a: 113-115). El éxito de la nueva orientación del partido quedó cristalizado en la transformación de su composición social, ampliamente heterogénea en su interclasismo.¹⁰ Lo primero que salta a la vista es lo injustificado del enañamiento personal y la recriminación a Bullejos por la adopción de un posicionamiento sectario ultraizquierdista que había sido propuesto y votado en el VI Congreso de la IC, y alentada su implementación también en el PCA por el mismo Codovilla.

Pero además es cierto que si bien la política de “frente popular” permitió al PCE llegar a sectores de la sociedad mucho mayores que en su etapa previa, también es evidente lo que Codovilla omitió explicar: que el PCE creció en tan poco tiempo ayudado también por la participación material soviética y por su predominio en la organización y el control en varios eslabones del aparato militar (dirigido a enfrentar al franquismo) y represivo (utilizado hacia el interior del bando republicano). Está claro que el crecimiento más imponente del comunismo español se produjo justamente cuanto más concentrado fue su poderío dentro del gobierno republicano. Anarquistas, trotskistas y socialistas de izquierda habían sido o bien aniquilados política y físicamente, o bien desplazados de los distintos intersticios del aparato del Estado. No es a partir del inicio del mandato de Juan Negrín como presidente del Consejo de Ministros que tiene lugar este ascenso notable en la gravitación social del PCE, sino que es a partir del aumento en la importancia del comunismo para la supervivencia republicana, alimentada por los crecientes desembarcos de armamentos procedentes de la Unión Soviética, cuando el PCE obtiene sus mayores conquistas. No importa discutir aquí si fue Negrín quien

⁹ Pablo Domínguez (2006: 68) alerta sobre el hecho de que “estas cifras se han venido repitiendo a lo largo de los años y han quedado como ‘oficiales’, pero parecen exageradas a la luz de las correspondencias personales que se fueron conociendo en los últimos años. Como sea, es indudable que el crecimiento fue importante, y en la última elección antes del estallido de la contienda obtendrían 220 mil votos, dentro del Frente Popular que ganó los comicios”.

¹⁰ “En marzo de 1937, la composición social del Partido Comunista español era como sigue: sobre 249.120 miembros, 87.660 obreros industriales, 62.250 obreros agrícolas, 76.700 campesinos, 15.485 hombres de las clases medias, 7.045 intelectuales y profesionales liberales, 19.300 mujeres. (Dentro de esta cifra no figuran los 45.000 afiliados del Partido Socialista Unificado de Cataluña.)” Codovilla (1964a: 118).

se benefició con los comunistas o si fue al revés. Lo que importa destacar es que los intereses de ambos en medio de la coyuntura eran coincidentes. El reemplazo de Largo Caballero por un político de la estampa de Negrín, mucho más proclive a otorgar centralidad y eminencia a los comunistas, fue una consecuencia y no una causa de esta realidad. Siguiendo las cifras suministradas por Codovilla, el PCE contaba 249.120 afiliados para marzo de 1937 (Codovilla, 1964a: 121), es decir que había obtenido el apoyo de 150.000 afiliados nuevos desde julio de 1936. El PCE se hallaba en pleno proceso de conversión en un partido de masas antes de que tuviera lugar la revuelta catalana en mayo de 1937 que derivó en el alejamiento de Largo Caballero de la presidencia del gobierno español. No obstante, siguiendo el ejemplo de lo actuado por Maurice Thorez en la Francia de León Blum, Stalin ordenó a Dimitrov disuadir a los comunistas para que bajaran los niveles de visibilidad del partido, lo que equivalía a reducir el número de miembros comunistas en el gabinete de Negrín. Reticente en un principio, el PCE terminó cediendo a los pedidos del partido soviético y Vicente Uribe se convirtió en el único designado para continuar en funciones públicas de gobierno.

Tal era la importancia de la presencia de Codovilla para el comunismo en España que fue él y no un representante del Comité Central del PCE el encargado de interactuar con el gobierno nacional. No obstante, las relaciones de Codovilla con Largo Caballero fueron tensas durante el período que lo tuvo a este último como presidente del gobierno español, y entonces el líder ítalo-argentino resultó instruido en enero de 1937 sobre la necesidad inmediata de mejorarlas (Viñas, 2007: 209, nota 63). El modo personalista empleado por el interlocutor principal de la IC ante el PCE, que a nivel interno combinaba la dureza extrema con la unilateralidad, fue denunciado a causa de sus efectos contraproducentes por nada menos que André Marty (informe de Marty a la IC con fecha 14/10/1936, reproducido en Radosh, Habeck y Sevostianov, 2002: 70-76), apodado “el carnicero de Albacete” por su trato brutal. Según su apreciación, Codovilla se comportaba como si el partido fuera propiedad suya. El comunista francés señalaba también que las disposiciones aprobadas por el VII Congreso de la IC vinculadas a la necesidad de que los agentes soviéticos no se inmiscuyeran de manera flagrante en los asuntos españoles habían caído en saco roto a poco de iniciadas las hostilidades bélicas. Los emisarios de la IC debían encontrar la forma de que sus exigencias fueran atendidas por los comunistas españoles, pero logrando al mismo tiempo que su presencia pasara lo más desapercibida posible al conjunto de los elementos activos –tanto direcciones como bases– del bando republicano. Comportamientos personalistas pro-soviéticos a ultranza, como lo era el de Codovilla, resultaban perjudiciales a los impulsos dirigidos para la conformación del “frente único”. A pesar de estas resoluciones, los miembros del PCE quedaban relegados a la función de meros ejecutores de las órdenes del cuadro del PCA. El papel de este último no era ya el de un representante de la IC, sino el de un auténtico secretario general del PCE, aún cuando no era siquiera un miembro real del mismo.

En palabras del dirigente juvenil Santiago Carrillo (2008), Codovilla

fue el artífice del equipo dirigente que, con Pepe [José Díaz] y Dolores [Ibárruri] en cabeza, dirigió el partido durante la guerra y en los primeros años del franquismo [...] Durante meses estuve reuniéndome con él, sin conocer personalmente a los titulares de la dirección. Llegué a pensar que el partido lo dirigía él y en cierto modo no me alejaba demasiado de la realidad (321-322).

Mayor repercusión generó la manera de proceder de Codovilla cuando fue detectada por el líder del Partido Comunista de Italia apenas llegó a España. Togliatti manifestó un profundo disgusto en relación a lo actuado por Codovilla en el PCE, al punto de concluir uno

de sus informes para Moscú comentando: “Creo que hemos cometido un serio error dejando al Partido Comunista español en la situación actual bajo la vigilancia de L. [Luis Medina, seudónimo de Codovilla]” (carta de Togliatti fechada el 15/9/1937, reproducido en Radosh, Habeck y Sevostianov, 2002: 496).¹¹ Cabe destacar que el de Codovilla no fue un comportamiento especial y solitario, sino parte de una práctica bastante habitual entre los especialistas políticos y militares que asistían a colaborar con la República.¹² Pero cuando su comportamiento llamativo comenzó a ser considerado inadmisibles, Codovilla fue virtualmente expulsado de España por Ercoli (alias utilizado por Togliatti durante su estadía en España, a veces reemplazado por el de “Alfredo”) en noviembre de 1937. Encargado de corregir los errores en las líneas políticas trazadas en España, Togliatti había escrito al CE de la IC refiriéndose a Codovilla en los siguientes términos:

No estoy contento con su permanencia aquí. No sé si le habéis dado a entender bien en qué han consistido sus errores. En cualquier caso, él no lo ha entendido. En la primera conversación que tuve con él me habló como si no se le hubiera hecho *ninguna crítica*. Le propuse que fuera 2 o 3 días a Albacete para examinar de cerca algunas cuestiones de las BI. No quiso. Se fue de viaje a Madrid con una buena mitad del BP [Bureau Político], y eso, en vísperas del Pleno, nos estorbó bastante en la preparación. Noto que los camaradas que le son más próximos (J. y D.) [Jesús Hernández y Dolores Ibárruri] están mal orientados en lo que me había esforzado por comunicarles (espíritu crítico, calma, etc.). Conclusión: su permanencia aquí *me hace más difícil el trabajo*, es inútil e incluso, me parece, invisible. La diferencia existente entre el modo en que ha trabajado y ha orientado al partido y el modo en que yo me esfuerzo por trabajar es demasiado grande para que pueda ser de otro modo. Examinad el acta del BP que os adjunto para daros cuenta de la equivocada orientación que imprimía a la dirección del partido (Togliatti, 1980: 164).¹³

El informe de Togliatti daba cuenta del modo personalista en que conducía Codovilla, pero también hace evidente la enorme influencia que ejercía dentro del PCE, al punto tal de que la dirección del partido español confiaba en él y lo acompañaba cuando así lo solicitaba. Sin embargo, acabó imponiéndose la posición de Togliatti y Codovilla fue relegado de sus funciones en España. Instalado en París, el líder del PCA no se desentendería de los asuntos españoles, sino que reasumió la relación con el PSUC (Martín Ramos, 2002: 43) y se dedicó a administrar desde allí las tareas de la Comisión de Solidaridad con España. Sin lugar a dudas, el jefe del comunismo argentino había dejado una huella indeleble en la trayectoria que habría de seguir dirigiendo los destinos del PCE aún cuando él no estuviera ya para dirigirlo.

¹¹ La desconfianza de Togliatti hacia el líder del PCA no era nueva. Interesado en el desarrollo de los asuntos políticos españoles desde la inmediata caída de la dictadura de Miguel Primo de Rivera, había inaugurado sus intervenciones en España con la corrección de un manifiesto del PCE a los trabajadores de aquel país que había sido confeccionado por Codovilla. Ver Vacca (2004: CXXXVIII).

¹² Walter Krivitsky (1945), General del Servicio Secreto Militar Soviético en Europa Oriental, cuenta que accede en marzo de 1937 a la lectura de un informe confidencial preparado por el general Berzin para el Comisario del Pueblo de Defensa de la Unión Soviética, Kliment Voroshilov. Allí se alertaba sobre los atropellos evidentes que cometían los miembros de la NKVD, cuya represión resultaba intolerable en muchos sectores del mando republicano (p. 155). En la época en que fueron publicados, los testimonios de Krivitsky fueron desmentidos por la prensa internacional comunista bajo el argumento de que se trataba de provocaciones pro-fascistas llevadas a cabo por un trotskista cuyo nombre real era Misha Levinsky (Ulianova, 2008: 153).

¹³ Dos meses antes, el 13 de septiembre de 1937, Togliatti había decidido terminar su carta a la IC destacando que, en su opinión, se había “cometido un grave error dejando al Partido Comunista Español bajo la tutela de L. [Luis, seudónimo de Codovilla]” (Viñas, 2008 CD-ROM apéndice documental: 41). Ver también Spriano (1975: 215).

Consideraciones finales

En línea con las directivas impartidas, a través de la IC, por un PCUS esforzado hasta las últimas consecuencias en ganarse el visto bueno de la opinión internacional, el PCE había decidido privilegiar la “alianza interclasista” en detrimento de la “alianza intraclasista”. Según la opinión de Codovilla, la táctica política de unidad obrera y popular que fue dictaminada por Dimitrov en base a las necesidades concretas y urgentes de gran parte del mundo occidental, resultó asimilada y aplicada con el mayor de los ímpetus en la España republicana de febrero de 1936. Dentro del conjunto de consensos populares, el PCE se erigía como el intérprete más lúcido de dicha síntesis, lo que constituía una razón de sobra para que fuera éste y no cualquier otro el núcleo conductor del proceso que pusiera en práctica la línea política unitaria (Codovilla, 1964b: 327). En un partido de naturaleza verticalista y jerárquica como lo fue el PCE, este cambio de posición, eficaz a pesar de la notable efervescencia política y social que por entonces vivía la nación, difícilmente pueda explicarse si no se tienen en cuenta la consolidación de una dirección fuerte y la imposición de una disciplina rígida. Tales fueron dos de los pilares organizativos elementales promovidos por el líder del PCA, Victorio Codovilla.

En el prólogo al compendio de textos de Codovilla seleccionados con motivo de su 60° aniversario por la Comisión Nacional de Agitación y Propaganda adjunta al Comité Central del PCA, sólo dos breves párrafos se destinan al accionar de su dirigente histórico en España. Se le atribuye allí a Codovilla el pasado de una experiencia mayormente receptiva basada no en las lecciones impartidas por él al PCE, sino en las enseñanzas de las que fue destinatario por parte de éste último. Antes que ensalzar su labor reorganizadora, se intentaba dejar constancia de que antes que en la figura del interventor que la IC asignó a su sección española, la “extraordinaria vitalidad revolucionaria” recayó en el “pueblo español dirigido por su Partido Comunista” (Comité Central del Partido Comunista de la Argentina, 1954: 14). Según se ha advertido en este artículo, fue aquella misma intencionalidad dissociativa entre la política reformista concreta que por entonces promovían los comunistas en España y una eventual política revolucionaria gestionada en la Unión Soviética la razón por la cual el modo de conducción personalista del dirigente del PCA resultó incompatible con la táctica del PCE y acabó por provocar su salida del país. Cuando Codovilla partió definitivamente hacia París, había realizado una crucial contribución esencial para la disposición de un intenso mecanismo de control y de represión dentro del FP que alteraba las posibilidades reales de conformar un frente de resistencia unificado con el conjunto de las fuerzas políticas y sindicales que defendían el proyecto de ganar la revolución para ganar la guerra. Efectivamente, en el proceso de crecimiento del comunismo español vinculado al comunismo soviético, hemos sostenido aquí, jugó un papel de primer orden el dirigente máximo del PCA. Su desempeño y las implicancias que éste tuvo guardaron una importancia decisiva para el desarrollo de los acontecimientos a partir de la reorganización del PCE y de la Juventud Comunista primero, y, una vez que se consumó la hegemonía comunista dentro del FP, del gobierno y el ejército después.

Si bien desmedido en sus efectos, el comportamiento del comunismo español, sumado a las acciones emprendidas por la IC y el PCUS, no fue irracional en su puesta en práctica de una determinada forma de comprensión acerca de la capacidad transformadora de la política. Mucho se ha escrito acerca de la intromisión del PCUS en el asunto español y del dirigismo que ejerció dentro del PCE y del gobierno republicano. Lejos de negar la enorme incidencia de dicha relación, habiéndole reconocido una significación definitoria, nos oponemos a ver en

ella el reflejo de un automatismo.¹⁴ El PCE se sirvió de los ingentes beneficios que la pertenencia a un movimiento revolucionario exitoso podía prestarle. Sin el apoyo de la Unión Soviética y de la IC era seguro que la República hubiera colapsado mucho antes de lo que en realidad consiguió soportar. Pero, asimismo, su prescindencia hubiese significado la conservación del lugar marginal que había detentado mientras no contó con los aportes de signo diverso a cargo de factores exógenos a la vida política nacional. Victorio Codovilla se erigió en una pieza clave en esta operación volcada a vincular estrechamente los comunismos soviético y español, aplicando aquella misma concepción de partido que tenía para el PCA, siendo que en el PCE dispuso de medios apropiados para cristalizarla debido a la fuerza de los acontecimientos. Este trabajo constituye un intento por dejar planteada la necesidad de profundizar el estudio en torno del rol desempeñado por Codovilla en España, el cual, pese a la apertura de los archivos soviéticos, continúa ocupando espacios marginales en la historiografía centrada en la Guerra Civil española.

Bibliografía

Alba, Víctor (1975): *Dos revolucionarios: Joaquín Maurín, Andreu Nin*, Seminarios y Ediciones, Madrid.

Alpert, Michael (1998): *Aguas peligrosas. Nueva Historia Internacional de la Guerra Civil Española*, Akal, Madrid.

Aróstegui, Julio (1986): “Los dos Estados”, *Historia 16. La Guerra Civil*, Vol. 11, pp. 6-59.

Balcells, Albert (1986): “España entre dos gobiernos”, *Historia 16. La guerra civil*, Vol. 6, pp. 6-55.

Beevor, Antony (2006): *La Guerra Civil Española*, Crítica, Barcelona.

Carr, Raymond (1970): *España. 1808-1939*, Ariel, Barcelona.

Carrillo, Santiago (2008): *Memorias. El testimonio polémico de un protagonista relevante de nuestra transición*, Planeta, Barcelona.

Cattell, David (1957): *Soviet diplomacy and the Spanish Civil War*, University of California Press, Berkeley and Los Angeles.

Chase, William J. (2001): *Enemies within the gates? The Comintern and the Stalinist repression, 1934-1939*, Yale University Press, New Haven and London.

Domínguez, Pablo (2006): *Victorio Codovilla: la ortodoxia comunista*, Capital Intelectual, Buenos Aires.

¹⁴ A este respecto, Frank Schauf (2008: 343) afirmó que “con el material hasta ahora accesible no se puede demostrar la teoría conspirativa de que la URSS quiso someter a la República española a su control político directo o incluso soviétizarla. Los recursos necesarios para ello simplemente no estuvieron a su alcance, ni aunque hubiera existido la voluntad política. En contraste con eso, a causa de la coincidencia de intereses, los diplomáticos se esforzaron por tomar en consideración las necesidades españolas, aunque las dificultades crecientes del personal y las luchas internas e intrigas que probablemente se desarrollaron en el aparato obstaculizaron el buen funcionamiento del mismo”.

Elorza, Antonio y Bizcarrondo, Marta (1999): *Queridos camaradas. La Internacional Comunista y España, 1919-1939*, Planeta, Barcelona.

Gallego, Ferrán (2008): *La crisis del antifascismo. Barcelona, mayo de 1937*, Debolsillo, Barcelona.

Goncharov, Valerian (1981): *El camarada Victorio. Semblanza de V. Codovilla*, Fundamentos, Buenos Aires.

Hájek, Milos (1984): *Historia de la Tercera Internacional. La política de frente único (1921-1935)*, Crítica, Barcelona.

Hernández Sánchez, Fernando (2007): *Comunistas sin partido. Jesús Hernández. Ministro en la Guerra Civil, disidente en el exilio*, Raíces, Madrid.

Hernández Sánchez, Fernando (2010): *El PCE en la Guerra Civil*. Tesis de Doctorado. Universidad Nacional de Educación a Distancia, Madrid.

Lefranc, Georges (1971): *El Frente Popular (1934-1938)*, Oikos-Tau, Barcelona.

Maestro, Javier (2014): “La campaña antitrotskista del estalinismo español (1926-1938)”, en Pelai Pagès i Blanch y Pepe Gutiérrez-Álvarez (directores), *El POUM y el caso Nin, una historia abierta*, Laertes, Barcelona, pp. 151-173.

Martín Ramos, José Luis (2002): *Rojos contra Franco. Historia del PSUC, 1939-1947*, Edhasa, Barcelona.

Piemonte, Víctor Augusto (2015a): “La compleja relación entre la dirección del Partido Comunista de la Argentina y la representación de la Comintern ante la ruptura de 1928”, *Políticas de la Memoria. Anuario de Investigación del CeDInCI*, Nº 16, pp. 236-244.

Piemonte, Víctor Augusto (2015b): “Lucha de facciones al interior del Partido Comunista de la Argentina hacia fines de los años veinte: la ‘cuestión Penelón’ y el rol de la Tercera Internacional”, *Cuadernos de Historia*, Nº 43, pp. 31-58.

Preston, Paul (2010): “Les matances de Paracuellos”, *Ebre 38: revista internacional de la Guerra Civil, 1936-1939*, Nº 5, pp. 125-167.

Puigsech Farràs, Josep (2009): “El peso de la hoz y el martillo: la Internacional Comunista y el PCE frente al PSCU, 1936-1943”, *Hispania. Revista Española de Historia*, Nº 232, Vol. LXIX, pp. 449-476.

Radosh, Ronald, Habeck, Mary R. y Sevostianov, Grigory (2002): *España traicionada. Stalin y la guerra civil*, Planeta, Barcelona.

Rees, Tim (2004): “‘The ‘Good Bolsheviks’: The Spanish Communist Party and the Third Period”, en Mathew Worley (editor), *In Search of Revolution: International Communist Parties in the Third Period*, I. B. Tauris, London-New York.

Sassoon, Daniel (2001): *Cien años de Socialismo*, Edhasa, Buenos Aires.

Schauff, Frank (2008): *La victoria frustrada. La Unión Soviética, la Internacional Comunista y la Guerra Civil española*, Debate, Barcelona.

Spriano, Paolo (1975): *Storia del Partito comunista italiano. I fronti popolari, Stalin, la guerra*, Einaudi, Torino.

Thomas, Hugh (1962): *La guerra civil española*, Ruedo Ibérico, París.

Tuñón de Lara (1986): *La guerra civil española 50 años después*, Labor, Barcelona.

Ucelay-Da Cal, Enrique (2002): *The shadow of a doubt, fascist and communist alternatives in Catalan separatism, 1919-1939*, Institut de Ciències Polítiques i Socials, Barcelona.

Ulianova, Olga (2008): “Develando un mito: emisarios de la Internacional Comunista en Chile”. *Historia*, Nº 1, Vol. 41, pp. 99-164.

Vacca, Giuseppe (2004): “La lezione del fascismo”, en Togliatti, Palmiro (compilador), *Sul fascismo*, Laterza, Roma-Bari.

Viñas, Ángel (2007): *El escudo de la República: el oro de España, la apuesta soviética y los hechos de mayo de 1937*, Crítica, Barcelona.

----- (2008): *El honor de la República: entre el acoso fascista, la hostilidad británica y la política de Stalin*, Crítica, Barcelona.

Fuentes

Araquistáin, Luis (1946): *El comunismo en la guerra civil española*, Nuevo Correo, S/l.

Castro Delgado, Enrique (1963): *Hombres made in Moscú*, Luis de Caralt, Barcelona.

Codovilla, Victorio (1964a): “José Díaz. Ejemplo de dirigente obrero y popular”, en *Una trayectoria consecuente en la lucha por la liberación nacional y social del pueblo argentino*, Tomo I, Anteo, Buenos Aires.

----- (1964b): “Jorge Dimitrov, revolucionario ejemplar de la época actual”, en *Una trayectoria consecuente en la lucha por la liberación nacional y social del pueblo argentino*, Tomo II, Anteo, Buenos Aires.

Comisión del Comité Central del Partido Comunista de España (1961): *Historia del Partido Comunista de España*, Anteo, Buenos Aires.

Comité Central del Partido Comunista de la Argentina (1954): “Prólogo”, en Codovilla, Victorio, *Nuestro camino desemboca en la victoria*, Fundamentos, Buenos Aires.

Díaz, José (1937): “Qué somos y qué queremos los comunistas”, *Nuestra Revista*, Año I, Nº 2.

Dimitrov, Giorgi (1975): “Pis'mo G. Dimitrova v komissiiu po vtoromu punktu poriadka dnia kongressa”, AAVV. *VII Kongress Kommunisticheskogo Internatsionala i bor'ba protiv fashizma i voiny (Sbornik dokumentov)*, Politizdat, Moskva.

Ibárruri, Dolores (1964): *El único camino*, Editions Sociales, Paris.

Krivitsky, Walter (1945): *Yo, Jefe del Servicio Secreto Militar Soviético*, NOS, Guadalajara.

Kuusinen, Otto. B. y Manuil'ski, D. Z. (1975): “Iz vystuplenii O. V. Kuusinena i D. Z. Manuil'skogo na zasedanii Prezidiuma IKKI”, AAVV. *VII Kongress Kommunisticheskogo Internatsionala i bor'ba protiv fashizma i voiny (Sbornik dokumentov)*, Politizdat, Moskva.

Secretariado del Partido Comunista de España (1932): “Resolución del Secretariado (27 septiembre)”, *La lucha por la bolchevización del partido. Cómo el grupo sectario ha preparado su lucha contra la I.C. y el P.C. de España*, Bolaños y Aguilar, Madrid.

Secretariado Político del CE de la IC (1933): *Las decisiones del pleno del C.E. de la I. Comunista*, La Internacional, Buenos Aires.

Stalin, José (1934): “Informe que presenta el Secretario General del Partido Comunista de la U.R.S.S., Stalin, al XVII Congreso del Partido”, AAVV. *Balance de 1933 y plan para 1934*, Aguilar, Madrid.

Togliatti, Palmiro (1980): “Sobre los problemas del Comité Central del PCE, 25 de noviembre de 1937”, *Escritos sobre la guerra de España*, Crítica, Barcelona.

Zinoviev, Grigori (1975): “Tesis sobre la bolchevización de los partidos de la Internacional Comunista adoptadas por el Vº Plenario Ampliado del Ejecutivo de la Internacional Comunista”, *V Congreso de la Internacional Comunista. Segunda parte*, Cuadernos de Pasado y Presente, Córdoba.